

El síndrome de la **CONQUISTA**

ROBERTO BAÑUELAS

Las voces de los niños y las doncellas eran cultivadas para el canto enjundioso y celebrante de otro día victorioso.

Los Caballeros Águila y los Caballeros Tigre, soñaban despiertos con la estación de los enemigos caídos y el rumor lejano del imbatible océano.

Eran buenos tiempos aquellos en que los dioses sonreían ante el frenético rodar de cabezas que pensaban en la bondad y la belleza de lo ajeno.

Los reyes, contaminados de la altura divina, se fatigaban al descender la escalinata erigida sobre la paciencia de sus súbditos.

Las vasijas de barro contenían las piezas de oro de los dioses que mudaron, en la infancia de la guerra florida, la herencia de pedernales que pudieron derribar al enemigo natural, legitimado ahora como vecino codicioso.

Después de la lluvia que reaviva los campos, sobre la joroba del arco iris se desliza la luz que anuncia la protesta rutinaria del torrente.

Con el último hervor del crepúsculo, inédito como el de ayer, el día anticipa otro adulterio con la noche que derrama el fuego helado de sus estrellas lejanas.

El abismo combado de la noche se burla de los delirios de los hombres que, enfermos de codicia y poder, venden al amanecer la soberanía de la Colonia y la cáscara envolvente de su ser.

Advenedizos voraces, ataviados con escamas de estulticia, se coronan como reyes de renovada vacuidad,



Iris Aldegani

y sumisos ante el poder que los salpica de ignominia, caminan de rodillas para postrarse ante su poderosa majestad la Corrupción.

Mientras las tumbas vacías bostezan la longitud del tedio, las lanzas se oxidan y los escudos se herrumbren hasta formar un dique a la corriente cansada de la Ley.

El trueno rompe la ilusoria magnitud de la lejanía. Los hombres, en iracunda procesión, desafían al torrente de promesas y mentiras para alcanzar, en la orilla de otra generación, la redención del fuego.

De los ecos adormecidos surge el águila que desde lo alto contempla a los que reptan para robar el prestigio y el orgullo de los que creyeron sembrar para el futuro.

Si desde los tiempos de Quetzalcóatl eran ya veneradas las trasnacionales, que nadie se asombre de vestir a la medida el traje de lacayo.

La ultraderecha, tachonada de bendiciones, levanta la copa para brindar por el triunfo de arrancar al presupuesto un tajo.

Cada sexsueño renace el portador de la verdad, la copa de la vida se llena con el vino de promesas exprimidas y, lejos o fuera del banquete, los ojos de los pobres se irritan con el incendio de la ira.

La casta en el poder, criolla o mestiza, se adapta en cada época con lenguaje y disfraz que mimetiza y asegura su permanencia en el reino de este mundo.

La conciencia crítica se refugia en vivir y dejar de morir. La metamorfosis, crisálidamente esperada, se complace en la clonación del corrupto-impune.

Mientras los ancianos se alejan del pasado, la juventud, con paciencia de santo pensionado, acumula el material rodante de su propia vejez.

Se puede hacer la guerra, pero no la revolución.

Un profeta tuerto preconiza el triunfo de los fuertes.

Las multitudes queman banderas y ganan la paz de la derrota.

Cuando ayer cambiamos de dioses, dejamos de ser señores, y ahora cuando imploramos su ayuda, nos responden con un silencio piramidal.

La noche esparce arena sobre los ojos de las salamandras insomnes y hace soñar a los espíritus fatigados con la reconquista del reino que fue centro del esplendor.

Astutos y previsores, llegaron como propietarios de otro dios poderoso, y la sangre derramada en lo que fue la sublimación solemne del sacrificio, se tornó en la práctica diaria del vil holocausto.

Pero no nos equivoquemos frente a una falsa concepción entre la Tierra y el Cielo. La corrupción no existe; estos que véis como emisarios vitalicios del saqueo, son sólo sobrevivientes del síndrome de la Conquista que no ha terminado.

Con largueza será contada esta historia por el cronista René, por el historiador Avilés y por el sociólogo Fabila, testigos de cargo de un Reino Vencido.



Arturo Ortiz